EL SILENCIO DE CARMEN

EL SILENCIO DE CARMEN

Juan Carlos Rodríguez Soriano

Primera edición digital, julio de 2026

© 2026, Juan Carlos Rodríguez Soriano
Todos los derechos reservados.

Esta obra ha sido registrada en el Registro de Propiedad Intelectual **Safe Creative** con el código de identificación: 2607196441204

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo del autor.

"A veces, la verdad más profunda no habita en lo que decimos, sino en el poso espeso que dejamos en la vida de los demás, ese que no se queda en el fondo de la taza, sino que se pega a los labios y deja un regusto a hogar"

Ediciones Bitácora del Alma: Fragmentos y Reflexiones

"Donde las palabras encuentran refugio y el silencio deja de ser vacío."

“*A quienes sostienen a los demás en silencio, y a quienes aprendieron, a tiempo, a escuchar ese silencio.”*

Carmen siempre fue el pilar invisible sobre el que descansaba la vida de los suyos. Sesenta y tres años de cuidados automáticos, de café en su punto exacto y de una paciencia inmutable frente al orgullo y las quejas de Antonio.

Pero un día de julio, la cafetera se quedó fría.

Un ictus repentino quiebra la voz de Carmen y paraliza su cuerpo, pero no su conciencia.

A partir de este silencio forzado, la familia se ve obligada a mirarse al espejo. ¿Qué ocurre cuando la cuidadora necesita ser cuidada? Nuria, la hija que siempre controló todo, se enfrenta a una elección que marcará su futuro: el amor por su pareja o la entrega absoluta a sus padres.

El silencio de Carmen es una historia sobre la fragilidad, el redescubrimiento de los afectos y la demostración de que, a veces, el amor no se mide en palabras, sino en la capacidad de permanecer al lado del otro cuando todo lo demás ha cambiado.

INDICE

PRÓLOGO 7
Capítulo 1. Tres días antes 9
Capítulo 2. Dos días antes 13
Capítulo 3. Un día antes 15
Capítulo 4. El día del ictus 17
Capítulo 5. La llamada 21
Capítulo 6. Los primeros días en el hospital 27
Capítulo 7. El traslado a la residencia 30
Capítulo 8. La decisión de Nuria 33
Capítulo 9. La nueva vida 37
Capítulo 10. La adaptación 40
Capítulo 11. El aprendizaje 42
Capítulo 12. La distancia 45
Capítulo 14. La llamada 51
Capítulo 15. El reencuentro con la familia 54
Capítulo 16. La nueva dinámica 59
Capítulo 17. El vino tinto 62
Capítulo 18. El equilibrio 67
Capítulo 20. La visita de Elena 73
Capítulo 21. El día gris 75
Capítulo 22. El gesto 79
Epílogo. Un año después 82
SINOPSIS 85

PRÓLOGO

El café de Carmen siempre estaba en su punto exacto. No era cuestión de suerte ni de intuición. Era oficio, sesenta años de práctica frente a la misma encimera de granito, con la misma cafetera de aluminio que Antonio le había regalado en su vigésimo quinto aniversario y que ella seguía usando porque, decía, *las nuevas no saben hacer el café como esta*. Y tenía razón.

Carmen lo sabía porque lo probaba siempre antes de servirlo. Un sorbo pequeño, casi tímido, para comprobar la temperatura y la intensidad. Luego, si estaba bien —y siempre lo estaba—, lo vertía en la taza de su marido, la de borde dorado que habían comprado en San Sebastián en su luna de miel, y la colocaba en el lado derecho de su sitio, junto al plato del pan y el periódico ya doblado por la página de deportes, aunque ella no entendiera de fútbol ni de carreras de caballos. Lo hacía porque era lo que él esperaba. Y Carmen llevaba sesenta y tres años dando a Antonio lo que esperaba.

Ni demasiado fuerte, ni demasiado claro. Caliente, pero sin quemar. Con ese poso espeso que en su casa llamaban *la memoria* y que nadie más sabía reproducir. Un poso que no se quedaba en el fondo de la taza, sino que se pegaba a los labios y dejaba un regusto a hogar, a mañana, a algo que siempre estaba ahí, fijo, inmutable. Como Carmen.

Antonio no sabía hacer café. Ni siquiera había intentado aprender. En los sesenta y tres años que llevaban juntos, nunca había tenido que hacerlo. Carmen se encargaba de todo lo que tenía que ver con la cocina, con las camas, con las compras, con la vida que se cocía a fuego lento entre aquellas cuatro paredes del piso de Villa Clara. Él se ocupaba de lo suyo: de ir a trabajar

cuando trabajaba, de leer el periódico cuando se jubiló, de quejarse del gobierno, del vecino, del viento, del frío, del calor. De quejarse, en definitiva, de todo aquello que Carmen, con su silencio y su paciencia, mantenía en pie.

Antonio llevaba sesenta y tres años bebiendo el café de su mujer sin agradecerlo. Ni una sola vez le había dado las gracias. Ni una sola vez le había dicho *qué bien lo haces, Carmen* o *qué suerte tengo de tenerte*. Se levantaba a las siete y media, se sentaba a la mesa y la encontraba puesta, con la taza humeante y el periódico abierto. Daba por hecho que todo estaría en su sitio, como el aire que respiraba, como la luz que entraba por la ventana. Era su derecho, pensaba. El derecho de un hombre que había trabajado toda la vida, que había pagado hipotecas, que había criado a dos hijas, que había dado a su mujer una casa y una pensión y un apellido. Un hombre así no tenía que agradecer nada. Era lo que tocaba.

Pero una mañana de julio, la taza se quedó fría. Y Carmen ya no estaba allí para decirle que la calentara.

Capítulo 1. Tres días antes

El domingo amaneció caluroso, como todos los días de aquel julio. Carmen se despertó a las nueve, se quedó un rato en la cama escuchando los ronquidos de Antonio y el calor filtrándose por la persiana. Luego se levantó, fue a la cocina y preparó el café con el gesto automático de toda una vida. Hoy era domingo, día de cocido, y llevaba toda la semana preparándolo: garbanzos en remojo desde el jueves, morcillo de la carnicería de David, gallina que su vecina María le había traído de su pueblo, verduras peladas y cortadas por Pilar.

A las nueve y media, Antonio apareció arrastrando las zapatillas, se sentó, cogió el periódico y bebió el café en silencio. No se quejó. Carmen lo miró, esperando la queja de siempre, pero no llegó.

—Hoy viene Nuria —dijo, alzando la voz.

—Ya lo sé —respondió él, sin levantar la vista.

—Y los chicos.

—También.

—¿Vas a estar de buen humor?

—Siempre.

Carmen no respondió. Sabía que no era verdad, pero no valía la pena discutir.

A las diez llamó a Nuria. Nunca llamaba antes. Su hija mayor se levantaba temprano, pero los domingos dormía en casa de Juan y no quería molestarla.

—Hola, hija. ¿Vienes a comer?

—Claro, mamá.

—¿A qué hora?

—Sobre las tres. Con los chicos.

—¿Has desayunado?

—Un café con tostada.

—Eso no es desayunar.

—Mamá, no empieces.

Carmen sonrió. Le gustaba regañar a su hija mayor. Colgaron. Carmen guardó el teléfono y fue a la cocina. El cocido ya desprendía ese olor denso y reconfortante. Removió la olla con la cuchara de palo.

A las once sonó el teléfono. Era Elena, su hija menor, desde Tenerife.

—Mamá, ¿qué tal?

—Bien, hija. Preparando el cocido.

—¿Nuria y los chicos van?

—Sí. Vienen a comer.

—Me alegro. Así no estás sola.

—Nunca estoy sola, hija. Tengo a tu padre.

—Ya.

Hubo un silencio. Carmen sabía lo que Elena pensaba de su padre, pero no quería hablar de eso.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, hija. Estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

Elena llevaba seis años en Tenerife. Se fue cuando la despidieron de su trabajo, aprobó una oposición y se compró una casita con vistas a la Tramontana. Carmen nunca había ido a visitarla. No le gustaba volar.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, hija.

Colgaron.

A las tres llegaron Nuria, David y Pablo. Pablo abrazó a su abuela. Comieron cocido, hablaron, rieron. Carmen los miraba a todos y sentía paz. Después de comer, Nuria y los chicos ayudaron a recoger la mesa. Carmen quiso protestar, pero no la dejaron. Cuando se fueron, cerró la puerta y se quedó escuchando los pasos alejarse. Luego, el silencio.

Fue al salón. Antonio seguía en su butaca, el periódico abierto, la televisión encendida en algo que no miraba. Carmen se sentó en el sofá.

—¿Han vuelto a casa? —preguntó él.

—Sí. Ya se han ido.

—¿Y cuándo vuelven?

—El domingo que viene.

—Ah.

Antonio no dijo nada más. Carmen tampoco. El silencio entre ellos era tan familiar como el ruido de la cafetera.

—Carmen —dijo Antonio—, ¿vas a preparar la cena?

—Sí —respondió, levantándose—. Ahora mismo.

Fue a la cocina, calentó sopa del cocido y preparó pan tostado. No tenía hambre, pero Antonio sí. Puso la mesa. Comieron en silencio. Cuando terminaron, Antonio dejó el plato en el fregadero y se fue a la cama. Carmen fregó, limpió, guardó. Se sentó en la silla de la cocina, miró la encimera de granito, las marcas de la cuchara de palo. Pensó en sus hijas, en sus nietos, en los años que pasaban. Se levantó, apagó la luz y fue al dormitorio. Antonio roncaba. Carmen se sentó en el borde de su cama, lo miró un momento, luego se tumbó y cerró los ojos.

Capítulo 2. Dos días antes

El lunes Carmen se levantó a las ocho y media. Ya estaba despierta, escuchando los ronquidos de Antonio y el rumor de los coches. Se levantó, preparó el café. Antonio apareció a las nueve menos cuarto, bebió en silencio. No se quejó. Carmen notó que llevaba una semana sin quejarse, pero no preguntó.

—Hoy viene Pilar —dijo.

Antonio asintió.

A las diez llamó a Nuria. La misma conversación de siempre: Nuria cansada, David liado con el trabajo, Pablo con los exámenes. Carmen pasó el teléfono a Antonio, que preguntó por los nietos sin entender la mitad.

—Bueno, hija —dijo al final—. Cuídate.

Colgó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Carmen.

—Que bien. Que los chicos están bien.

A las diez y cuarto llegó Pilar, con su falda de flores y su sonrisa. Carmen le sirvió café en la taza de la amapola. Hablaron de cosas sin importancia. Luego Pilar la llevó a dar un paseo. Caminaron despacio por las calles de Villa Clara. En un banco de la plaza, Pilar preguntó:

—Carmen, ¿tú crees que los hijos se acuerdan de nosotros cuando se van lejos?

—No se olvidan —respondió Carmen—. Tienen su vida.

—¿Y Elena?

Carmen guardó silencio.

—Elena llama todos los días —dijo al fin—. Todas las mañanas. Como un reloj.

—¿Y tú la llamas?

—No. Ella me llama a mí.

—¿Y por qué no la llamas tú?

Carmen se quedó mirando el suelo.

—No lo sé —dijo—. Supongo que espero.

Pilar no insistió. Cuando volvieron a casa, Pilar se despidió.

—Mañana vengo, Carmen.

—Mañana.

Carmen cerró la puerta, fue a la cocina y se sentó mirando el teléfono. Llamaría a Elena, pensó. Le diría que la quería. Pero no llamó.

Capítulo 3. Un día antes

El martes Carmen se despertó con inquietud, como si algo en el aire no encajara. Se levantó, preparó el café. Antonio apareció a las nueve menos cuarto y bebió en silencio. Llevaba una semana sin quejarse de nada. Carmen se quedó mirándolo, pero no preguntó.

—Hoy viene Pilar —dijo.

Antonio asintió.

A las diez llamó a Nuria. La misma rutina. Luego pasó el teléfono a Antonio. Cuando colgaron, Carmen preguntó qué había dicho Nuria. Antonio respondió que los chicos estaban bien.

A las diez y cuarto llegó Pilar. Café, limpieza, paseo. En el banco de la plaza, Pilar preguntó de nuevo.

—Carmen, ¿tú crees que Elena se arrepiente de haberse ido?

—No sé —dijo Carmen—. A veces pienso que se fue porque no le quedaba otra..

—¿Y crees que fue buena decisión?

—Ella parece feliz. Llama todos los días. Pero no es lo mismo. Nunca es lo mismo.

—Carmen —dijo Pilar, tomándole la mano—, tú hiciste todo lo que pudiste.

—¿Y si no fue suficiente?

—Fue suficiente. Tú siempre has sido suficiente.

Carmen apretó la mano de Pilar, con un nudo en la garganta.

Cuando volvieron a casa, Pilar se despidió.

—Mañana vengo, Carmen.

—Mañana.

Carmen cerró la puerta y fue a la cocina. Se sentó mirando el teléfono. Llamaría a Elena. Pero no llamó.

Capítulo 4. El día del ictus

El miércoles, Carmen se despertó a las ocho y media. La luz entraba clara, el calor empezaba a filtrarse, los ronquidos de Antonio sonaban con regularidad. Se levantó, se puso la bata lavanda y fue a la cocina. Preparó el café. El gesto era automático, como respirar.

Antonio apareció a las nueve menos cuarto, se sentó, bebió en silencio. No se quejó. Llevaba una semana entera sin quejarse. Carmen lo notó, pero no dijo nada.

—Hoy viene Pilar —dijo.

Antonio asintió.

A las nueve y media sonó el teléfono. Era Elena.

—Mamá, ¿cómo estás?

—Bien, hija. ¿Y tú?

—Bien. He tenido una reunión temprano. ¿Qué tal el día?

—Bien. Pilar viene hoy. Vamos a dar un paseo.

—Me alegro. Así no estás sola.

—Nunca estoy sola, hija. Tengo a tu padre.

—Ya.

Hubo un silencio.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, hija. Estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, hija.

Colgaron.

A las diez, Carmen llamó a Nuria. La misma conversación de siempre. Luego pasó el teléfono a Antonio, que preguntó por los nietos sin entender la mitad.

—Bueno, hija —dijo—. Cuídate. Y el domingo no te olvides de venir.

Colgó.

—¿Qué ha dicho Nuria? —preguntó Carmen.

—Que bien. Que los chicos están bien. Que vienen el domingo.

Carmen asintió.

A las diez y cuarto llegó Pilar. Café, limpieza, paseo. Caminaron hacia el mercado. Carmen compró tomates, lechuga, naranjas. Pilar llevaba la bolsa. Luego fueron a la plaza y se sentaron en un banco bajo un árbol.

—Carmen —dijo Pilar—, ¿te he contado lo de mi...

Pero no terminó la frase. Porque Carmen se quedó mirando el vacío. Su boca se abrió, pero no salió ninguna palabra. Su mano empezó a temblar. Luego todo su cuerpo se tensó.

—¿Carmen? —preguntó Pilar, con voz tensa—. ¿Carmen, qué te pasa?

Carmen no podía responder. No podía mover la mano ni el brazo. Solo sus ojos seguían vivos, fijos en el vacío, llenos de miedo.

—¿Me oyes? —preguntó Pilar.

Carmen asintió. Un movimiento pequeño.

—¿No puedes hablar?

Carmen asintió de nuevo.

—No te muevas —dijo Pilar, firme—. Voy a llamar a una ambulancia.

Pilar sacó el móvil con manos temblorosas. Marcó el 112.

—Sí, en la plaza de Villa Clara... se llama Carmen, ochenta y ocho años, no puede hablar... No puede mover el brazo... Creo que es un ictus... estoy con ella...

Carmen escuchaba desde lejos. Veía el rostro asustado de Pilar, sus manos moviéndose.

—Carmen —dijo Pilar—, la ambulancia viene. No te muevas.

Pilar le tomó la mano.

—Estoy aquí, Carmen. No te voy a dejar sola.

Carmen no podía responder. Pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

La ambulancia llegó en diez minutos. Carmen fue subida a la camilla. No podía mover nada. Solo sus ojos seguían vivos.

—Carmen —dijo Pilar—, voy a llamar a Nuria. No te preocupes.

La puerta de la ambulancia se cerró. Carmen sintió el movimiento, la sirena, las voces de los enfermeros. Cerró los ojos. Solo supo que algo se había roto.

Capítulo 5. La llamada

Nuria estaba en su despacho cuando el móvil vibró. Vio el nombre de Pilar. Pilar nunca llamaba.

—¿Pilar? —dijo—. ¿Qué pasa?

—Nuria, soy Pilar. Es tu madre. Algo le ha pasado. No puede hablar. He llamado al 112. La llevan al Hospital General del Sureste. Tienes que ir ahora.

Nuria sintió que el mundo se detenía.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. Estábamos en la plaza y de repente no podía hablar. No podía mover el brazo. Tienes que ir.

—Voy ahora —dijo Nuria—. Gracias, Pilar.

Colgó. Salió corriendo del despacho. En el pasillo llamó a David.

—David, es la abuela. No puede hablar. La llevan al Hospital General del Sureste. Voy para allá.

—Voy ahora —dijo David.

Nuria cogió un taxi a Villa Clara. Subió corriendo las escaleras de su casa. Pablo estaba en el sofá con el portátil.

—Mamá, ¿qué haces?

—Cállate y ven conmigo. Vamos a casa del abuelo. Ahora.

—¿Qué pasa?

—Es la abuela. Está en el hospital. Ven.

Pablo saltó. Mientras bajaban, envió un mensaje a Helena. Nuria no preguntó.

Condujo rápido hasta casa de sus padres. Aparcó en doble fila, subió corriendo y golpeó la puerta.

—¡Papá! ¡Abre! ¡Soy Nuria!

Antonio abrió, desorientado.

—Papá, siéntate. Es mamá. Algo le ha pasado. Está en el hospital. No puede hablar.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. Los médicos la atienden. Tengo que ir. Pablo se queda contigo.

—Yo quiero ir.

—No, papá. No puedes. Pablo se queda. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Pablo se acercó a su abuelo.

—No te preocupes, abuelo. La abuela va a estar bien.

Nuria salió. Llegó al hospital en veinte minutos. En admisiones, una enfermera le dijo que su madre estaba en la unidad de ictus. Nuria se dejó caer

en una silla y escribió un mensaje a Juan: *"Mamá ha tenido un ictus. Estoy en el Hospital General del Sureste. No puede hablar."*

No esperó respuesta.

Un médico salió.

—¿Familia de Carmen Jiménez?

—Soy su hija.

—Siéntese. Soy el doctor Herrera, neurólogo. Su madre ha sufrido un ictus isquémico. Afecta al área del lenguaje. Tiene afasia. No puede producir palabras, pero probablemente entienda todo. También ha perdido movilidad en el lado derecho.

—¿Va a recuperarse? ¿Va a volver a hablar?

—No puedo asegurarlo. Pero es posible. La recuperación puede llevar meses.

—¿Puedo verla?

—Sí. Solo un momento.

Nuria siguió al médico hasta la habitación. Carmen estaba en la cama, rodeada de máquinas, con los ojos cerrados. Nuria se acercó y le tomó la mano.

—Mamá, soy Nuria. Estoy aquí.

Carmen abrió los ojos. Una lágrima rodó por su mejilla.

—Mamá, no llores. Todo va a estar bien.

Carmen intentó hablar, pero solo salió un sonido ahogado.

—Elena viene —dijo Nuria—. Está cogiendo un avión. Pablo está en casa con papá. No estás sola.

Carmen cerró los ojos. Otra lágrima.

Nuria salió y llamó a Elena.

—Elena, es mamá. Ha tenido un ictus. No puede hablar. Tienes que venir.

—Voy a mirar los vuelos —dijo Elena.

Llamó a David. Le dio el diagnóstico. David llegó veinte minutos después. El móvil de Nuria vibró. Era Elena.

—He cogido un vuelo. Llego a las ocho de la noche.

—Te espero. Pero no podrás verla hasta mañana. El horario de visitas termina a las siete.

—Da igual.

A las tres y media llegó Juan. La abrazó sin preguntar.

—Juan, gracias por venir.

—Claro. ¿Cómo está tu madre?

—No puede hablar. Ictus.

—¿Puedes verla?

—Sí, pero solo en el horario de visitas.

—Vamos a comer algo. Llevas horas sin comer.

No le dio opción. La llevó a un bar. Nuria pidió un bocadillo pero apenas lo tocó.

A las seis, David, Pablo y Antonio llegaron al hospital. Antonio caminaba despacio, apoyado en sus garrotas.

—Abuelo, has venido.

—Quiero ver a Carmen.

Nuria lo llevó a la habitación. Antonio se acercó a la cama, tomó la mano de su mujer y se sentó. No dijo nada. Carmen abrió los ojos y lo miró.

—No hace falta que hables —dijo Antonio, alzando la voz—. Ya sé que no puedes. Solo quería que supieras que estoy aquí.

Carmen cerró los ojos. Una lágrima.

A las siete, la visita terminó. Todos volvieron a casa de Antonio. Elena llegó a las ocho y media. Fue al salón, vio a su padre en la butaca.

—Papá, he llegado. Estoy aquí.

—Tu madre no puede hablar —dijo él—. No puede moverse.

—Lo sé, papá. Pero vamos a estar todos aquí.

Elena preparó leche caliente, como hacía su madre. Antonio bebió un sorbo.

—Mañana vamos al hospital —dijo Elena.

—Mañana —repitió él.

Capítulo 6. Los primeros días en el hospital

Los días siguientes se convirtieron en rutina. Carmen seguía en la unidad de ictus, estable pero sin poder hablar ni moverse. Nuria y Elena se turnaban para estar con ella. Solicitaron permiso retribuido por enfermedad grave. Cinco días cada una. No era suficiente, pero era algo. Elena decidió quedarse una temporada en Madrid.

Antonio apenas hablaba. Se sentaba en su butaca y miraba la televisión apagada. Pablo y David se turnaban para estar con él. Pilar seguía yendo a limpiar.

—Papá —le dijo Elena una mañana—, hoy vamos al hospital. Nuria por la mañana y yo por la tarde.

—¿Y yo? —preguntó—. ¿Yo cuándo voy?

—Esta tarde, papá.

Carmen seguía en la misma habitación. Los médicos dijeron que estaba estable, que el daño estaba localizado en el área del lenguaje y en el lado derecho. La recuperación sería larga.

—Mamá —dijo Nuria una mañana—, pronto te van a trasladar a un hospital más cerca de casa.

Carmen la miró. Una lágrima.

—No llores, mamá. Vamos a estar contigo.

Elena llegó a la una para relevarla.

—Mamá —dijo Elena—, cuando te trasladen, voy a estar contigo todas las tardes. Nuria por las mañanas. Así nunca estarás sola.

Carmen parpadeó.

La trasladaron al hospital de Villa Clara. Pero tuvo que compartir habitación con otra paciente que roncaba como una motosierra. Carmen no podía dormir.

—Mamá, ¿has dormido bien? —preguntó Nuria.

Carmen negó con la cabeza.

—Es la señora de al lado —dijo la enfermera—. Lo siento.

Nuria habló con el jefe de planta, con la enfermera jefe. Todos dieron la misma respuesta: no había habitaciones individuales. Carmen empeoró. El cansancio se acumulaba.

Finalmente, después de una semana, consiguieron que trasladaran a la otra señora. Carmen se quedó sola y por fin pudo dormir. Pero el daño estaba hecho. Estaba más débil, más apagada.

Los médicos hicieron nuevas pruebas. El daño era más extenso de lo que creían. Necesitaría rehabilitación intensiva.

—Recomiendo que la trasladen a un centro especializado —dijo el doctor Herrera—. Hay una residencia en la sierra. Terapia intensiva durante unos meses.

—¿Cien kilómetros? —preguntó Elena.

—Es el mejor centro.

Nuria y Elena se miraron. Sabían que era lo mejor, pero también que no podrían visitarla todos los días.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Nuria.

—Tres meses, aproximadamente.

Aceptaron.

Capítulo 7. El traslado a la residencia

El día del traslado, la familia se reunió en el hospital de Villa Clara. Carmen estaba sentada en una silla de ruedas, con una bolsa pequeña en el regazo. Antonio caminaba despacio, apoyado en sus garrotas. Nuria se arrodilló frente a su madre.

—Mamá, te vas a la residencia. Vamos a visitarte todos los fines de semana.

Carmen la miró con los ojos húmedos.

—Vas a estar bien, mamá —dijo Elena—. Y cuando vuelvas, estaremos todos esperándote.

Antonio se acercó, tomó la mano de Carmen y la besó.

—Carmen —dijo—. Vuelve.

Los enfermeros la subieron a la ambulancia. Miró a su familia una última vez. La ambulancia arrancó.

Llegaron a la residencia. Un edificio blanco con jardines. Carmen fue instalada en una habitación individual. Los primeros días fueron duros. La rutina empezaba a las siete. Necesitaba ayuda para todo. Terapia física a las nueve. Logopedia a las once. Todo era esfuerzo y frustración.

Los fines de semana, Nuria y Elena viajaban. El viaje era largo, pero no se lo perdían. La primera visita fue difícil.

—Mamá —dijo Nuria—. ¿Cómo estás?

Carmen no podía responder.

—Papá está bien —dijo Elena—. Pablo está con él todo el tiempo. No te preocupes.

Carmen sabía que le mentían, pero agradecía el esfuerzo.

—Mamá —dijo Elena—, vamos a sacarte al jardín.

Carmen asintió. La subieron a la silla de ruedas y la llevaron al jardín. Olía a pino.

—Cuando te recuperes —dijo Nuria—, vamos a hacer todas las cosas que no hicimos. Vamos a ir a la playa.

Carmen la miró.

Antonio, en casa, apenas hablaba. Pablo y David se turnaban. Pilar seguía yendo.

—Abuelo —le dijo Pablo—, ¿quieres que te lleve al parque?

—No quiero salir. Quiero estar aquí. Por si vuelve.

—Abuelo, la abuela va a volver. Pero tienes que cuidarte.

Antonio lo miró. Sabía que su nieto tenía razón.

—Está bien —dijo—. Llévame.

Salieron al parque. Pablo le contó historias. Antonio escuchaba, aunque no entendía la mitad.

Después de dos semanas, Carmen había mejorado ligeramente. Podía mover un poco más el brazo, sostener la cuchara, pronunciar algunas sílabas.

—Mamá —le dijo Elena—, estás mejorando.

Carmen la miró.

—Cuando te recuperes, vamos a hacer todo lo que no hicimos.

Carmen apretó su mano. Débil, pero lo hizo.

Capítulo 8. La decisión de Nuria

Las semanas en la residencia se convirtieron en rutina. Nuria y Elena se turnaban los fines de semana. Carmen mejoraba lentamente, muy lentamente. Movía un poco más el brazo, sostenía la cuchara, intentaba pronunciar sílabas. Antonio seguía en casa, apenas hablando, pero poco a poco empezó a salir al jardín con Pablo.

Nuria empezaba a notar el peso de todo. Su vida se había reducido a trabajo, padre, residencia. Siempre la sensación de que no llegaba a todo. Juan seguía esperando.

—Nuria —le dijo Juan por teléfono—, llevamos semanas sin vernos. Solo hablamos por teléfono.

—Lo sé. Pero no puedo hacer más.

—¿Y yo? ¿Yo no cuento?

—Claro que cuentas. Pero ahora no puedo.

—Llevamos doce años. Nunca te he pedido que elijas. Pero esto es demasiado.

Nuria no respondió.

Los días siguientes, Juan se distanció. Nuria también. Ya no tenía energía para luchar por su relación.

—Nuria —le dijo Elena en la residencia—, ¿qué te pasa? Estás rara.

—Estoy pensando en dejar a Juan.

—¿Por qué?

—Porque no tengo tiempo para él. Porque solo pienso en papá y en mamá.

—¿Y él no lo entiende?

—Lo entiende. Pero no puede soportarlo. Y yo no puedo darle lo que necesita.

—No tomes una decisión así ahora. Estás agotada.

—Sí estoy pensando con claridad.

—¿Y si te arrepientes?

—No me voy a arrepentir.

Pasaron los días. Nuria siguió yendo al trabajo, a casa de su padre, a la residencia. Y en cada momento libre pensaba en Juan. Pero también en su padre, en su madre.

Una noche lo llamó.

—Juan, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De nosotros. No puedo seguir así. No puedo darle a esta relación lo que necesita.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que lo mejor es que lo dejemos.

Juan guardó silencio.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Nuria...

—Lo siento, Juan.

—Si eso es lo que quieres...

—No es lo que quiero. Es lo que necesito.

—Pues entonces... adiós, Nuria.

—Adiós, Juan.

Colgó. Nuria se quedó con el teléfono en la mano. Se sentó en el sofá. Su padre salió y la vio.

—Nuria —dijo—. ¿Qué pasa?

—Nada, papá.

—Mientes.

Nuria rompió a llorar.

Antonio se sentó a su lado, torpe. No sabía qué hacer.

—Nuria, no llores. Tu madre va a volver.

—No es solo mamá. He dejado a Juan.

—¿Por qué?

—Porque no tengo tiempo para él. Solo pienso en ti y en mamá.

—Yo no te pedí que dejaras a tu novio.

—No me lo pediste. Pero no podía hacer las dos cosas.

Antonio no entendía del todo. Pero entendía que su hija había perdido algo importante.

—Lo siento —dijo—. Lo siento.

Nuria lo abrazó.

—No es tu culpa, papá.

Pero mientras lo abrazaba, supo que nunca volvería a ser la misma.

Capítulo 9. La nueva vida

Los días después de la ruptura fueron extraños. Nuria no lloró más. Se levantaba cada mañana, iba a trabajar, llamaba a su padre, visitaba a su madre en la residencia. Como una máquina. Por dentro, vacía.

—Nuria —le dijo Elena en el jardín de la residencia—, ¿cómo estás?

—Bien.

—No me mientas.

—No sé cómo estoy. Solo sé que tengo que seguir adelante.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Elena no insistió.

En casa de Antonio, las cosas seguían igual. Pero Antonio empezaba a cambiar. Ya no se quedaba todo el día en la butaca. Empezaba a salir al jardín con Pablo, a dar paseos cortos, a comer un poco más.

—Abuelo —le dijo Pablo—, estás mejorando.

—No estoy mejorando —respondió Antonio—. Solo estoy aprendiendo a vivir sin tu abuela.

—Pero va a volver.

—Lo sé. Pero no va a ser la misma.

Pablo no supo qué responder.

Al cabo de tres meses, Carmen salió de la residencia. Podía hablar algunas palabras sueltas, moverse con ayuda, hacer algunas cosas por sí misma. El día de su regreso, la familia se reunió. Carmen estaba en una silla de ruedas.

—Mamá —dijo Nuria—, vuelves a casa.

Carmen la miró. Una lágrima.

—A casa —repitió, con voz apenas audible. Era la primera palabra en tres meses.

—Sí, mamá —dijo Elena—. A casa.

Antonio se acercó y tomó su mano.

—Carmen —dijo—. Has vuelto.

Carmen lo miró.

—Antonio —dijo. Era la segunda palabra.

—Sí —dijo él—. Soy yo. Estoy aquí.

La subieron al coche y volvieron a Villa Clara. Cuando llegaron, la llevaron al salón, a su butaca. Carmen miró a su alrededor. Todo igual que antes. Todo distinto.

—Mamá —dijo Nuria—, ¿quieres algo?

—Café —dijo Carmen.

Nuria preparó un café. Carmen lo bebió lentamente.

—Bueno —dijo al fin—. Bueno.

Antonio se sentó a su lado.

—Carmen —dijo—. Has vuelto.

—Sí —dijo Carmen—. He vuelto.

Y sonrió.

Capítulo 10. La adaptación

Los primeros días en casa fueron extraños. Carmen necesitaba ayuda para todo. Hablar seguía siendo un esfuerzo. Nuria la ayudaba a sentarse, a vestirse. Antonio no sabía cómo comportarse. Llevaba tres meses aprendiendo a vivir sin Carmen. Ahora era él quien tenía que cuidar de ella.

—Carmen —le dijo una mañana—, ¿quieres que te traiga algo?

—No, estoy bien.

Antonio se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Carmen —dijo—, lo siento.

—¿Qué?

—Todo. Todos los años que no te dije que te quería. Todos los años que me quejé sin agradecerte nada.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Y quiero que sepas que lo siento.

Carmen apretó su mano.

—Te quiero —dijo—. Siempre.

Antonio sintió que el corazón se le rompía.

—Yo también te quiero, Carmen —dijo—. Siempre.

Por primera vez en sesenta y tres años, lo dijo en voz alta.

Capítulo 11. El aprendizaje

Las semanas se convirtieron en meses. El otoño llegó a Villa Clara. Carmen mejoraba. Ya podía caminar por la casa con el andador sin ayuda. Hablaba más, aunque las palabras seguían costándole. Pero no se rendía.

—Mamá —le dijo Nuria una mañana—, ¿quieres que te ayude?

—No —respondió Carmen—. Puedo.

Nuria la observó. Su madre, la que siempre había cuidado de todos, ahora se esforzaba por hacer las cosas por sí misma.

—Mamá, estás mejorando.

—Sí —respondió Carmen—. Mejoro.

—¿Quieres un café?

—Sí.

Nuria preparó café y se sentó con sus padres.

—Mamá, papá —dijo—, Elena se va a Tenerife la semana que viene. Solo unos días, para recoger sus cosas.

Carmen la miró.

—¿Vuelve?

—No lo sé, mamá. Pero va a volver. Solo va a organizar sus cosas.

Carmen asintió.

El día que Elena se fue, la casa pareció más silenciosa. Nuria se quedó con ellos.

—Mamá, Elena vuelve en cuatro días.

—Lo sé.

—¿Estás bien?

—Sí.

Pero Nuria sabía que estaba preocupada.

—Mamá —dijo Nuria, tomándole la mano—, Elena va a volver. Te lo prometo.

Carmen esbozó una sonrisa.

Elena volvió al cuarto día.

—Mamá —dijo, abrazándola—, he vuelto.

—Bien.

—Me voy a quedar un tiempo más. He hablado con mi jefe. Puedo teletrabajar desde aquí.

—¿De verdad? —preguntó Carmen, con los ojos húmedos.

—De verdad, mamá.

Carmen apretó su mano.

—Gracias —dijo—. Gracias.

—No me des las gracias. Es lo que hay.

El otoño avanzó. Carmen seguía con su andador, pero cada día caminaba un poco más. Antonio, aunque seguía siendo gruñón, ya no se quejaba tanto. Pablo y David iban a menudo. Pilar seguía yendo a limpiar.

Una tarde, Antonio se acercó a Carmen con una taza humeante.

—Carmen —dijo—, he hecho café.

Carmen bebió un sorbo.

—Bueno.

Antonio se sentó a su lado.

—Carmen —dijo—, ¿tú crees que las cosas van a seguir así?

—¿Así cómo?

—Así. Bien.

—No sé. Pero estamos juntos.

—Sí. Estamos juntos.

Capítulo 12. La distancia

Elena se fue a Tenerife una semana después. No era una despedida definitiva, pero tampoco temporal. Era un regreso a su vida, a su trabajo, a su casa con vistas a la Tramontana.

—Mamá —dijo Elena el día antes—, me voy mañana.

—No es para siempre —continuó—. Pero tengo que volver a mi trabajo.

—Lo sé.

—Voy a venir cada dos o tres fines de semana. No voy a dejaros solos.

Carmen apretó su mano.

—Te quiero, mamá.

—Yo también.

A la mañana siguiente, Elena hizo la maleta. Nuria fue a despedirse. Antonio estaba en el salón.

—Papá —dijo Elena—, me voy.

—Ya lo sé.

—Voy a venir cada dos o tres fines de semana.

Antonio la miró.

—¿Y tu trabajo?

—Puedo teletrabajar algunos días. No es tan lejos.

Antonio asintió lentamente.

—Cuídate —dijo.

—Sí, papá.

Elena lo abrazó y él no apartó el abrazo.

El viaje de vuelta fue tranquilo. Elena miraba por la ventanilla, pensando en sus padres. Sabía que no podía quedarse en Madrid para siempre, pero tampoco podía alejarse demasiado.

Los fines de semana cogía el avión. Llegaba el viernes por la noche y se quedaba hasta el domingo. Pasaba el sábado con sus padres, ayudando a Nuria, acompañando a Carmen en sus paseos.

—Mamá —le dijo Elena en uno de esos desayunos—, ¿cómo te sientes?

—Bien.

—¿Estás contenta de que venga?

—Sí. Contentas.

—Yo también, mamá.

Nuria, mientras tanto, seguía con su vida. Poco a poco, empezaba a encontrar su propio ritmo.

—Nuria —le dijo Antonio una tarde—, ¿cómo estás?

—Bien, papá. ¿Y tú?

—Bien. Mejor. Ahora que sé que Elena viene a menudo.

Nuria sonrió.

El invierno pasó. La primavera llegó. Carmen seguía con su andador, pero cada día caminaba un poco más. Antonio ya no se quejaba tanto.

Capítulo 13. El nuevo ritmo

La primavera se instaló en Villa Clara. Carmen ya no necesitaba ayuda para levantarse. Se movía por la casa con lentitud, pero lo hacía sola. Antonio había encontrado su nuevo papel: preparaba café, ponía la mesa, ayudaba a Carmen cuando lo necesitaba. No era mucho, pero era más de lo que había hecho en sesenta y tres años.

—Carmen —le dijo una tarde—, he preparado café. ¿Quieres?

—Sí.

Antonio volvió con dos tazas y se sentó a su lado.

Elena seguía en Tenerife, pero viajaba cada dos o tres fines de semana. Nuria coordinaba las visitas.

—Elena —le dijo Nuria por teléfono—, mamá está mejorando. Ayer caminó desde el salón hasta la cocina sin ayuda.

—¿De verdad? ¿Y papá?

—Está haciendo café todas las mañanas.

—¿Papá? ¿Haciendo café?

—Sí.

Elena se rio.

—Nuria —dijo—, ¿tú crees que las cosas van a seguir así?

—No lo sé. Pero estamos juntos.

El fin de semana siguiente, Elena viajó a Madrid. Llegó y fue a casa de sus padres.

—Mamá —dijo Elena, abrazándola—, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Has caminado hoy?

—Sí. Hasta la cocina.

—Mamá, estás mejorando.

—Sí. Mejoro.

Antonio salió de la cocina con una bandeja.

—Carmen —dijo—, he hecho café.

—Lo sé.

Antonio sonrió.

—Elena —dijo Carmen—, ¿te quedas?

—Hasta mañana, mamá.

—¿Cuándo vuelves?

—El próximo fin de semana.

Carmen asintió.

—Bien.

El domingo, Elena se despidió.

—Mamá —dijo, tomando su mano—, voy a seguir viniendo.

—Lo sé.

—¿Estás contenta?

—Sí. Contentas.

—Yo también, mamá.

Capítulo 14. La llamada

El verano llegó a Villa Clara. Carmen ya caminaba con un bastón. Antonio se había acostumbrado a hacer café todas las mañanas. La casa respiraba un ritmo nuevo. Nuria lo notaba. Y a veces, cuando se quedaba sola, sentía que algo no encajaba.

Echaba de menos a Juan. No era un pensamiento nuevo. Había estado ahí, latente, durante todo ese tiempo. Pero ahora que todo estaba más tranquilo, volvía a la superficie.

Una noche, después de cenar, Nuria se sentó en el sofá con el teléfono en la mano. Llevaba semanas dándole vueltas. Marcó su número.

—¿Nuria? —la voz de Juan sonó sorprendida—. ¿Eres tú?

—Sí. Soy yo.

—¿Qué pasa? ¿Tus padres?

—Están mejor. Mucho mejor.

—Me alegro.

Hubo un silencio.

—Juan —dijo Nuria al fin—, quería decirte que lo siento.

—¿Lo sientes?

—Sí. Por cómo te dejé. Por no hablarlo antes.

—No tienes que pedirme perdón. Entendí por qué lo hiciste.

—¿Y no te enfadaste?

—Claro que me enfadé. Me sentí apartado. Pero también entendí que necesitabas estar con tu familia.

—Juan —dijo—, no sé si puedo hacerlo mejor. Pero quiero intentarlo.

—¿Y tus padres?

—Están mejor. Mi madre camina con bastón. Mi padre hace café. Elena viene cada dos o tres fines de semana. Y yo he aprendido a pedir ayuda.

—¿De verdad?

—De verdad.

Juan guardó silencio.

—Nuria —dijo al fin—, no sé si puede volver a ser como antes.

—Yo tampoco. Pero quiero intentarlo.

—Necesito tiempo.

—Tómate el tiempo que necesites.

—Me alegra que hayas llamado.

Nuria sonrió.

—Yo también, Juan.

Una semana después, Juan llamó.

—Nuria, he estado pensando. Quiero intentarlo. Pero con una condición.

—Dime.

—Que esta vez me dejes estar. Que no me apartes.

—Te lo prometo.

—Entonces, ¿quieres que vayamos a cenar el sábado?

—Sí. Quiero.

El sábado, Nuria se arregló con más cuidado que de costumbre. Juan la esperaba en el restaurante. Cenaron, hablaron de todo. Y aunque había silencios, no eran incómodos.

—Nuria —dijo Juan al final—, ¿crees que podemos hacerlo?

—No lo sé. Pero quiero intentarlo.

—Yo también.

Esa noche, Nuria supo que, por primera vez en mucho tiempo, había hecho algo por ella.

Capítulo 15. El reencuentro con la familia

La segunda oportunidad con Juan no fue un regreso triunfal. Fue un caminar despacio, con pasos cortos. Las primeras semanas se vieron los fines de semana. Juan le preguntaba por sus padres. Nuria le contaba todo.

—Nuria —le dijo Juan una noche—, quiero conocer a tu padre.

—¿Conocer a mi padre?

—Sí. A tu madre ya la conozco. Pero a tu padre solo lo vi una vez, hace once años, y no fue buena experiencia.

Nuria recordó aquel día. Su padre había llegado sin avisar, abrió la puerta, vio a Juan y se fue sin saludar.

—Mi padre no es fácil.

—Lo sé. Pero no quiero estar al margen.

—De acuerdo. Hablaré con ellos.

El domingo siguiente, Nuria fue a casa de sus padres.

—Papá, mamá —dijo—, quiero deciros algo. He vuelto a hablar con Juan. Quiero que venga a casa.

Antonio levantó la cabeza.

—¿Juan? ¿El que no saludó?

—Él te saludó, papá. Fuiste tú quien no le respondió.

Antonio no respondió.

—Mamá —dijo Nuria—, Juan ya te conoce. Fuimos al cine y al concierto. ¿Te acuerdas?

Carmen asintió.

—Juan es buena persona —dijo—. Me gustó.

Nuria sintió alivio.

—¿De verdad?

—Sí. Me gustó.

Antonio resopló.

—Pues a mí no.

—Porque no te dio tiempo. Llegaste, lo viste, te fuiste.

Antonio no respondió.

—Papá, quiero traerlo a casa.

—No tengo nada que conocer.

—Solo lo viste un momento. No lo conoces.

Carmen asintió.

—Tráelo —dijo—. Queremos conocerlo.

Antonio no se opuso.

El sábado siguiente, Juan llegó con flores y pasteles.

—Hola —dijo—. Soy Juan. Mucho gusto.

Carmen sonrió.

—Juan. El del concierto.

—Sí. El del concierto.

Antonio lo miró sin decir nada.

—Pasa —dijo Carmen—. Siéntate.

Juan se sentó. Hubo un silencio incómodo.

—¿Te gusta el café? —preguntó Carmen.

—Sí. Mucho.

—Antonio lo hace ahora. Está bueno.

Antonio fue a la cocina y volvió con una taza. Se la ofreció a Juan sin decir palabra.

—Gracias —dijo Juan.

Antonio se sentó.

—Juan —dijo Carmen—, ¿qué tal el trabajo?

—Bien. Teletrabajo más, así puedo venir a ver a Nuria.

—Es bueno. Estar cerca.

Antonio observaba.

—Juan —dijo—, ¿tú trabajas en Metro?

—Sí. Técnico de mantenimiento.

—Ahí trabajé yo antes de jubilarme.

—¿De verdad?

—Sí. Treinta y cinco años.

—Pues entonces tenemos algo en común.

Antonio no respondió, pero no negó la afirmación.

La tarde pasó despacio. Juan habló con Carmen de música, de conciertos. Antonio, al principio, se mantuvo al margen. Pero cuando Juan le preguntó por el café, respondió.

—Lo hago todas las mañanas. Para Carmen.

—Pues está bueno.

Antonio no dijo nada, pero su gesto se suavizó.

Cuando Juan se fue, Nuria lo acompañó a la puerta.

—Ha ido bien.

—Sí. Ha ido bien.

—Tu madre es encantadora. Y tu padre... bueno, no me ha echado.

—Eso es un progreso.

—Juan —dijo Nuria—, gracias por intentarlo.

—Siempre, Nuria.

Capítulo 16. La nueva dinámica

Los domingos se convirtieron en el día sagrado de la familia. Nuria llegaba con Juan, Elena llamaba por videollamada, Pablo y David aparecían con hambre, Carmen observaba todo con tranquilidad. Antonio se había acostumbrado a la nueva rutina.

—¿Viene hoy ese? —preguntó Antonio una mañana.

—Papá, se llama Juan. Y sí, viene a comer.

—Hum.

No se quejó. Para Nuria, eso era un avance.

Juan llegó con vino y pasteles. Antonio lo recibió con un gruñido que podía interpretarse como saludo. Carmen le dedicó una sonrisa.

—Juan —dijo—. Has venido.

—Claro, Carmen. No me lo perdería.

La comida transcurrió con normalidad. Juan ayudó a poner la mesa, preguntó por el trabajo de David, escuchó las historias de Pablo. Carmen participaba con frases cortas pero seguras. Antonio, aunque reservado, empezó a prestar atención.

—Juan —dijo Antonio—, ¿tú todavía trabajas en Metro?

—Sí. Sigo en el mismo sitio.

—¿Cómo está la línea nueva?

Juan se quedó callado. Era la primera vez que Antonio le hacía una pregunta personal.

—Bien. Ha mejorado mucho.

Antonio no apartó la mirada.

Después de comer, Juan se quedó en el salón.

—Carmen —dijo—, Nuria me ha contado que has empezado a caminar sin el andador.

—Sí. Con bastón.

—Eso es increíble.

—Mejoro. Poco a poco.

Antonio la miró y su mirada se suavizó.

—Sí —dijo—. Mejora.

Cuando llegó la hora de irse, Antonio los miró.

—Juan —dijo antes de que cerraran—. La próxima vez, tráete un vino tinto.

Juan sonrió.

—Lo haré.

Nuria miró a Juan con los ojos brillantes.

—¿Has oído?

—Sí. He oído.

Capítulo 17. El vino tinto

El domingo siguiente, Juan llegó con la botella de vino tinto. Antonio lo recibió sin gruñir.

—He traído el vino —dijo Juan.

Antonio lo cogió, lo miró y asintió.

—Hum. No está mal.

Juan no supo si era cumplido o crítica, pero lo tomó como lo primero.

Carmen observaba con una sonrisa.

—Juan, siéntate.

Juan se sentó.

—¿Has venido en coche? —preguntó Carmen.

—Sí. Pero no bebo si tengo que conducir.

—Bien. Eso está bien.

Antonio sirvió dos copas. Una para él y otra para Juan. Juan dejó la suya sin tocar.

—Tú no bebes, ¿verdad? —preguntó Carmen.

—No. Nunca me ha gustado.

—Bien. Eso está bien.

Nuria sabia la verdad. Juan no bebía porque hacía dos años había tenido una depresión. Pero esa historia no era para contarla allí.

—El vino es para tu padre —dijo Juan en voz baja.

—Lo sé —respondió Nuria, apretándole la mano.

La comida transcurrió con normalidad. Juan ayudó a poner la mesa, preguntó por el trabajo de David, escuchó las historias de Pablo.

—Juan —dijo Antonio mientras comían—, ¿tú de dónde eres?

—De Alcorcón.

—¿Y tu familia?

Juan guardó silencio.

—Mi padre nos abandonó. No volví a saber de él hasta que me dijeron que había muerto en la pandemia.

Antonio lo miró sin desprecio.

—¿Y tu madre? —preguntó Carmen.

—Mi madre lleva cuatro años en una residencia. Tiene Alzheimer.

Carmen asintió lentamente.

—Lo siento. Debe ser difícil.

—Lo es. Pero está bien cuidada.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Antonio.

—Sí. Dos hermanas.

—¿Y tus hijos? —preguntó Carmen.

Juan sonrió.

—Tengo dos. Una chica de veintitrés y un chico de veinticinco. Viven conmigo. Me divorcié hace unos años.

—¿Y su madre? —preguntó Antonio.

—Vive en el sur.

Antonio asintió.

—Has tenido una vida difícil —dijo Carmen.

—Sí. Pero también he tenido suerte. He conocido a Nuria. Y a vosotros.

Después de comer, Carmen preguntó a Juan si quería ver el balcón. Nuria ayudó a su madre a levantarse. Carmen caminó lentamente hasta el balcón con su bastón.

—Antonio lo cuida —dijo Carmen—. Desde que yo no puedo.

—Es bonito —dijo Juan.

—Sí. Es bonito.

Se quedaron en silencio.

—Juan —dijo Carmen—, ¿quieres a mi hija?

—Sí. La quiero.

—¿Y vas a quedarte?

—Sí. Voy a quedarme.

—¿Y ella vive en su casa, y tú en la tuya?

—Sí. Cada uno en su casa. Pero estamos juntos.

—Bien. Bien.

Cuando Juan se fue, Nuria lo acompañó a la puerta.

—Ha ido bien.

—Tu madre me ha preguntado si te quiero.

—¿Y qué le has dicho?

—Que sí. Y que me voy a quedar.

Nuria sintió que el corazón se le llenaba.

—Juan —dijo—, te quiero.

—Yo también te quiero, Nuria.

Esa noche, Nuria llamó a Elena.

—Elena, ha ido bien. Hasta le ha pedido que traiga vino tinto la próxima vez.

—No me lo puedo creer.

—Yo tampoco.

—Nuria —dijo Elena—, me alegro.

—¿De qué?

—De que estés bien. De que Juan esté de vuelta.

Capítulo 18. El equilibrio

Los domingos se habían convertido en un territorio neutral. Juan llegaba, se sentaba, y nadie se sobresaltaba. Carmen lo recibía con una sonrisa. Antonio, con un gruñido que ya no era hostil.

Pero una tarde, después de comer, ocurrió algo.

Juan estaba recogiendo la mesa cuando Antonio soltó una frase.

—Juan —dijo—, ¿tú crees que esto va a funcionar?

El silencio se hizo.

Juan dejó el plato y se volvió hacia Antonio.

—¿A qué te refieres?

—A esto. A que estés aquí. A que vuelvas.

Nuria sintió que el corazón se le aceleraba. Era la primera vez que su padre hablaba tan directamente sobre su relación.

Juan se quedó callado un momento.

—No lo sé —respondió—. No sé si va a funcionar. Pero quiero intentarlo. Y no voy a volver a irme sin pelear.

Antonio lo miró fijamente.

—¿Y si no funciona?

—Entonces lo intentaré de nuevo.

Antonio no dijo nada más. Pero no apartó la mirada.

—Nuria —dijo Carmen—, ven aquí.

Nuria fue y se sentó a su lado.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí. Pero tu padre está preocupado.

—¿Preocupado por qué?

—Por ti. Porque no quiere que vuelvas a sufrir.

—No voy a sufrir, mamá.

—No lo sabes.

—Lo sé. Porque esta vez es diferente.

—¿Y tú? —preguntó Carmen—. ¿Tú estás bien?

—Sí —dijo Nuria—. Estoy bien.

Cuando llegó la hora de irse, Juan se despidió. Antonio le dio un golpe en el hombro que podría haber sido un gesto de afecto.

—Ha ido bien —dijo Juan.

—Tu padre me ha preguntado si esto va a funcionar.

—Lo sé.

—Le he dicho la verdad. No lo sé. Pero quiero intentarlo.

—Yo también.

Se despidieron con un beso corto. Nuria supo que, por primera vez, no tenía miedo.

Capítulo 19. La normalidad

Pasaron los meses. El verano se fue, el otoño llegó. Carmen seguía con su bastón, pero ya no necesitaba ayuda para levantarse. Antonio seguía haciendo café todas las mañanas. Nuria y Juan seguían viviendo cada uno en su casa, pero los fines de semana eran suyos. Elena llamaba todos los días desde Tenerife.

—Mamá —dijo Elena una tarde—, ¿cómo estás?

—Bien. Caminé hasta la esquina.

—¿Hasta la esquina? ¿Sola?

—Con el bastón.

—Mamá, eso es increíble.

—Sí. Increíble.

Juan seguía yendo los domingos. Ya no traía vino, traía pan o postre. Antonio ya no gruñía cuando llegaba.

—Juan —dijo Antonio una tarde, viendo fútbol—, ¿tú crees que el árbitro ha acertado?

—No. Creo que se ha equivocado.

—Hum. Yo también.

Un silencio cómplice.

Nuria empezaba a sentirse más ligera. Sabía que su madre estaba mejor, que su padre se había ablandado, que Juan estaba de vuelta.

—Elena —le dijo una noche—, creo que las cosas están mejorando.

—Lo sé. Lo veo en tu voz.

—¿En mi voz?

—Sí. Suenas más tranquila.

—Es que lo estoy.

El domingo siguiente, todos estaban en casa de los abuelos. Elena llamó por videollamada.

—¡Elena! —dijo Pablo—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y vosotros?

Carmen cogió el teléfono.

—Elena —dijo—, te echo de menos.

—Yo también, mamá. Pero ya voy a ir.

—¿Cuándo?

—Pronto. En dos semanas.

—Bien. Bien.

Aquella noche, Carmen y Antonio se quedaron solos.

—Antonio —dijo Carmen—, ¿tú crees que las cosas están mejor?

—Sí. Están mejor.

—¿Y tú? ¿Tú estás mejor?

—Sí. Estoy mejor.

Carmen sonrió.

Capítulo 20. La visita de Elena

Dos semanas después, Elena llegó a Madrid. Se quedaba casi una semana. Nuria la recogió en el aeropuerto.

—¿Cómo está mamá? —preguntó Elena.

—Mejor. Camina hasta la esquina con el bastón.

—¿Y papá?

—Sigue siendo gruñón, pero ya no tanto.

Llegaron a casa de los padres. Antonio abrió la puerta.

—Elena —dijo—. Has llegado.

—Hola, papá.

Elena fue al salón. Carmen estaba en su butaca.

—Elena —dijo—. Has venido.

—Sí, mamá. He venido.

—Quédate un rato.

—Me quedo toda la semana.

Los días siguientes fueron tranquilos. Elena se quedó en casa de sus padres. Nuria iba cada tarde. Juan venía a cenar. La casa se llenó de vida.

Una tarde, Elena se sentó junto a Carmen.

—Mamá —dijo—, he estado pensando. Me gustaría venir más a menudo.

—¿Y tu trabajo?

—Puedo teletrabajar desde aquí algunos días.

—Hija —dijo Carmen—, tienes tu vida en Tenerife.

—Lo sé. Pero también tengo mi vida aquí.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero no dejes tu vida por mí.

—No la dejo, mamá. La comparto.

El último día, Elena se sentó con toda la familia.

—Mamá —dijo—, voy a volver a Tenerife, pero voy a venir más a menudo. He hablado con mi jefe. Puedo teletrabajar desde aquí dos semanas al mes.

Carmen la miró.

—¿De verdad?

—De verdad.

Antonio no dijo nada. Pero no se quejó.

—Bien —dijo Carmen—. Bien.

La casa se sintió completa.

Capítulo 21. El día gris

A veces, Carmen se despertaba sin ganas. Esa mañana abrió los ojos y supo que iba a ser un día gris. No por el cielo, sino por dentro.

Se quedó un momento en la cama. Oía los pasos de Antonio en la cocina, el ruido de la cafetera. Pero ni siquiera esos sonidos la consolaban.

—Carmen —dijo Antonio, apareciendo en la puerta—. El café está listo.

—No quiero.

—¿Ni siquiera café?

—No.

Antonio se fue y volvió con una taza humeante, que dejó en la mesilla.

—Cuando quieras —dijo—. Estará ahí.

Carmen se quedó mirando la taza. No quería café. Pero el gesto de Antonio le hizo algo en el pecho.

Cuando finalmente se levantó, ya eran las once. Se puso la bata y fue al salón con el bastón. Antonio la vio llegar y le apartó la manta de la butaca.

—¿Quieres el café? —preguntó.

—Sí.

Fue a calentarlo. Cuando volvió, Carmen ya estaba sentada.

—Antonio —dijo Carmen, sin mirarlo—, hoy no me siento bien.

—Ya lo sé.

—¿Y no preguntas por qué?

—No hace falta.

—Antonio —dijo—, ¿tú crees que algún día dejaré de sentirme así?

—No. Pero no pasa nada.

—¿No pasa nada?

—No. Porque no tienes que estar bien todos los días.

Nuria llegó una hora después. Al ver a su madre, supo que algo no iba bien. Se sentó en el suelo y le tomó la mano.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Nada. Solo estoy cansada.

—¿Cansada de qué?

—No sé. Cansada.

Nuria no dijo nada. Se quedó en silencio, sin soltarle la mano.

Juan llegó más tarde. Se sentó en el sofá sin preguntar.

—Carmen —dijo—, ¿quieres que vayamos al balcón?

—No.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No.

—¿Quieres que me quede callado?

—Sí.

Juan se quedó callado.

Pasó una hora. Quizás dos. Nuria seguía a su lado, Juan en el sofá, Antonio en su butaca. Todos en silencio, esperando.

A la hora de comer, Elena llamó por videollamada. Nuria le explicó que Carmen estaba en un mal día. Elena no le preguntó cómo se sentía. Le contó cosas sin importancia: un pájaro raro en su jardín, un bizcocho que le había salido mal, un vecino con un perro que no paraba de ladrar. Carmen escuchó y, al final, casi sin darse cuenta, sonrió.

—Mamá —dijo Elena—, no tienes que estar bien todos los días.

—Lo sé. Pero me gustaría.

—Ya lo sé.

Por la tarde llegaron Pablo y David. Pablo se sentó en el suelo junto a la butaca de su abuela y le contó una historia absurda de la universidad. David le llevó una manta y se la puso sobre las piernas. Carmen no dijo nada. Pero cuando David le ajustó la manta, le tocó la mano.

—Abuela —dijo Pablo—, ¿quieres que te lea algo?

—Sí. Lee.

Pablo cogió el periódico y leyó noticias de deportes. Carmen escuchaba, y aunque no le importaba el fútbol, le gustaba oír la voz de su nieto.

Al final del día, cuando todos se fueron, Carmen y Antonio se quedaron solos.

—Antonio —dijo Carmen—, ¿tú crees que algún día dejaré de sentirme así?

—No. Pero no pasa nada.

—¿No pasa nada?

—No. Porque no tienes que estar bien todos los días.

Carmen lo miró.

—Antonio —dijo—, gracias.

—No me des las gracias. Tú tampoco te las das a ti.

Esa noche, Carmen se fue a la cama sin sentirse bien, pero sintiéndose acompañada. Y eso era suficiente.

Capítulo 22. El gesto

Era un domingo como tantos otros. Carmen se había dormido en su butaca. Pablo y David estaban en el balcón. Nuria fue a la cocina a preparar café. Juan se quedó en el salón.

Antonio, en su butaca, tenía el periódico abierto. Pero no lo leía. Miraba a Carmen dormir.

—Juan —dijo Antonio sin levantar la voz—, siéntate.

Juan se sentó. Antonio no solía iniciar conversaciones.

—Mañana es el cumpleaños de Nuria —dijo Antonio.

—Lo sé. Tengo pensado llevarla a cenar.

—Bien. Pero no te olvides de traerle algo. A ella le gustan las cosas pequeñas. No hace falta que sea caro.

—Lo sé.

—Y no le compres flores. Se le caen los pétalos y luego se enfada.

Juan sonrió.

—No sabía eso.

—Pues ya lo sabes.

Antonio guardó silencio.

—Juan —dijo—, yo nunca he sido bueno con los regalos. Ni con las palabras. Pero tú sí.

Juan no supo qué responder.

—Gracias —dijo al fin.

—No me des las gracias. Solo quiero que sepas que me alegra que estés aquí.

Juan lo miró.

—Yo también me alegro, Antonio. De estar aquí.

Cuando Nuria volvió con el café, encontró a su padre y a Juan en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó, dejando la bandeja.

—Nada —respondió Antonio—. Estábamos hablando.

—¿De qué?

—De ti.

—¿De mí?

—Sí —dijo Juan—. De lo difícil que eres de contentar.

Antonio no dijo nada, pero su gesto se suavizó. Por primera vez, Nuria sintió que su padre y su pareja se entendían.

Carmen abrió los ojos.

—¿Café? —preguntó.

—Sí, mamá —respondió Nuria—. Recién hecho.

Carmen bebió un sorbo. Miró a Antonio, que seguía con el periódico, pero con una sonrisa apenas perceptible. Miró a Juan, que la miraba con calma. Supo que algo había pasado. Algo bueno.

—Antonio —dijo Carmen—, ¿estás bien?

—Sí —respondió él—. Estoy bien.

Epílogo. Un año después

Un año después del ictus, la vida de la familia había encontrado un nuevo ritmo. No era el mismo que antes, pero era suyo.

Carmen seguía en su butaca. Antonio seguía haciendo café todas las mañanas. Nuria y Juan seguían viviendo separados, pero los fines de semana eran suyos. Elena seguía en Tenerife, pero venía dos veces al mes. Pablo y David seguían siendo ellos mismos, pero más presentes que nunca.

Aquel domingo, la familia se reunió. Carmen en su butaca, Antonio en la suya, Nuria y Juan en el sofá, Pablo y David en el suelo. Elena llamó por videollamada.

—¡Elena! —dijo Pablo—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y vosotros?

—Aquí, como siempre.

—Pues aquí también. He visto un atardecer precioso.

—Enséñanos.

Elena giró la cámara y mostró el cielo anaranjado de Tenerife. Carmen cogió el teléfono con su mano temblorosa y lo miró.

—Elena —dijo Carmen—, ¿cuándo vienes?

—La semana que viene, mamá.

—Bien. Bien.

Devolvió el teléfono. Nuria fue a preparar café. Juan ayudó a poner la mesa. Pablo y David discutían sobre fútbol. Antonio observaba todo con una sonrisa.

—Carmen —dijo Antonio, levantándose—, ¿quieres café?

—Sí. Con leche.

—Como siempre.

Antonio fue a la cocina. Carmen se quedó mirando a su familia y supo que, aunque nada era perfecto, estaba bien. Solo necesitaba que estuvieran todos allí.

Antonio volvió con el café. Carmen bebió un sorbo.

—Antonio —dijo—, gracias.

—¿Por qué? —preguntó él, sentándose a su lado.

—Por todo.

Antonio no respondió. Se quedó en silencio a su lado.

—Carmen —dijo después de un rato—, ¿tú crees que las cosas van a seguir así?

—¿Así cómo?

—Así. Bien.

—No sé —dijo ella—. Pero estamos juntos.

—Sí —dijo Antonio—. Estamos juntos.

Y la casa se sintió completa.

SINOPSIS

Carmen tiene ochenta y ocho años y ha pasado su vida cuidando de quienes la rodean, desde sus padres y sus hijas hasta Antonio, su marido.

Su mundo, estructurado en rutinas cotidianas en su barrio de Madrid, cambia drásticamente una mañana de julio cuando sufre un ictus.

Esta nueva realidad no solo le arrebata la capacidad de hablar y gran parte de su movilidad, sino que obliga a su familia a enfrentar preguntas inesperadas sobre el cuidado y el afecto.

Mientras Carmen trabaja en su recuperación, el silencio resultante desvela heridas y miedos latentes, forzando a su hija Nuria a replantearse su vida personal y obligando a la familia a reconstruir sus vínculos a través de nuevos gestos y silencios compartidos